

José Montero Padilla

# ADIÓS, LITERATURA, ADIÓS

PRÓLOGO DE

MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

EDICIÓN DE

MACARENA CUIÑAS GÓMEZ



Universidad  
de Alcalá  
SERVICIO DE PUBLICACIONES

## ÍNDICE

Nota preliminar .....	7
Prólogo de Miguel Ángel Lozano Marco .....	9
Memoria académica .....	15
Memoria gráfica .....	17
Bibliografía de José Montero Padilla .....	25

### 1. HISTORIA Y CRÍTICA LITERARIA

Algunos datos para la biografía de Tomás Antonio Sánchez .....	43
Cadalso ante el escritor ( <i>Cartas marruecas</i> : LXXXIII) .....	51
Epistolario de Aureliano Fernández-Guerra a Menéndez Pelayo .....	57
La Pardo Bazán, poetisa .....	75
Algunos poemas poco conocidos de la Pardo Bazán .....	95
Emilia Pardo Bazán y la poesía gallega .....	99
Galdós: últimos años en Madrid (y memoria de una visita al escritor) .....	109
Un juicio poco conocido de Juan Ramón Jiménez sobre Valle Inclán .....	133
Juan Ramón Jiménez, personaje literario. (Colaboración y presencia suya en dos obras de Gregorio Martínez Sierra) .....	137
De Leandro Fernández de Moratín a Gregorio Martínez Sierra: un tema y dos comedias .....	147
Gregorio Martínez Sierra en sus primeros libros .....	155
Algunos textos de y sobre Azorín .....	161
Gustavo Adolfo Bécquer según Azorín .....	169
Azorín y los poetas: de Campoamor a Antonio Machado .....	175
Literatura y cine: “Y el cine se entró por la puerta...” .....	181
Algunas notas sobre un soneto de Antonio Machado .....	195
Ramón Gómez de la Serna, escritor en periódicos .....	203
Las novelas de Enrique Jardiel Poncela. (Apuntes para un estudio) .....	215
“... Te espero en Eslava” .....	227
Crónica literaria del año 1933 .....	239
Crónica literaria del año 1935 .....	253
Crónica literaria del año 1943 .....	265
La crítica literaria en la Posguerra .....	277
El poeta Jaime Delgado .....	293
Camilo José Cela y su novela <i>Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes</i> . Notas al margen .....	301
La poesía religiosa de Rafael Matesanz .....	311
Teatro extranjero en los escenarios madrileños: Ibsen, Pirandello, Ionesco .....	323

## 2. DE GEOGRAFÍA LITERARIA

Segovia en la poesía española contemporánea .....	333
Presencia de Menéndez Pidal en los cursos para extranjeros de Segovia .....	359
Segovia en una novela de Baroja .....	365
Espronceda en Cuéllar.....	371
Una guía de Astorga.....	389
Encuentro con la poesía en Villafranca del Bierzo.....	395
Soria con Gerardo Diego.....	405
Rutas literarias de Guadalajara.....	437
Apuntes para una guía literaria de la Puerta del Sol.....	455
La plaza de Gabriel Miró .....	467
De Garcilaso a Bécquer con Toledo al fondo.....	477

## 3. LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Unamuno y la literatura para niños .....	483
Algunas notas sobre la recitación.....	487
Notas sobre el comentario de textos y sus funciones .....	495
Algunos criterios para una antología literaria destinada a los estudiantes de E.G.B.....	499
Azorín, los clásicos y la literatura como encuentro.....	509
Los clásicos y el niño .....	515
Sugerencias y alusiones para una enseñanza de la literatura ("Las pizarras pedagógicas") .....	529

## NOTA PRELIMINAR

Quienes hemos promovido la iniciativa que se ha convertido en el volumen que, amable lector, tienes ahora entre las manos queremos honrar la larga y prolífica labor académica de José Montero Padilla. En vez de organizar el habitual homenaje compuesto por contribuciones de discípulos, colegas y amigos, hemos preferido preparar un libro en el estilo de una *Silva de varia lección* que ofreciese una antología amplia y representativa de los campos de investigación del homenajeado.

La bibliografía que se ofrece unas páginas más adelante ayudará a percibir la magnitud y valía de los trabajos de José Montero Padilla, de los que esta antología es tan solo una pequeña muestra.

Xesús Alonso Montero (Real Academia Galega), Carlos Alvar (Centro de Estudios Cervantinos), Joaquín Benito de Lucas (Universidad Autónoma de Madrid), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), Macarena Cuiñas Gómez (Universidad de Vigo), Miguel Ángel Lozano Marco (Universidad de Alicante), José Manuel Lucía Megías (Universidad Complutense de Madrid y Centro de Estudios Cervantinos), José Montero Reguera (Universidad de Vigo y Asociación de Cervantistas), Manuel Seco Reymundo (Real Academia Española), Mariano Turiel de Castro (Universidad Complutense de Madrid), Balbino Velasco Bayón (O. Carm.).

## PRÓLOGO

MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

En este libro queda recogida una selección de estudios de entre los numerosos y diversos que el profesor José Montero Padilla ha ido publicando a lo largo de su vida académica. Si consideramos la cronología de estos textos, podemos comprobar que los primeros alumbran sus inicios: el más antiguo de entre los recogidos apareció en 1953, año de su licenciatura; el último (2007) no corresponde al final: otros trabajos han venido después, hasta el momento en que esto escribo, y seguirán manando de su pluma y fluyendo, como deseamos, por mucho tiempo.

El título que aparece en la portada es conciso, expresivo y directo; también melancólico; expresa un sentimiento y una actitud: la de quien, sensible a la ley del tiempo, apela a la actividad que ha llenado su vida: la lectura, el estudio de la literatura, la demorada reflexión y la escritura. Pero, felizmente, este libro no señala un momento definitivo: no se trata ahora de una despedida, sino de un irse despidiendo. El definitivo *adiós* no se da hasta que se tenga “puesto ya el pie en el estribo”, como nos enseñó nuestro primer escritor con su más alto ejemplo, su última enseñanza: un acto vital resuelto en literatura y situado en el inicio del último de sus libros.

El tiempo nos va haciendo y, a lo largo de la vida, nuestra identidad va siendo, cada vez más, nuestro pasado. De entre los privilegios de la edad, tal vez el primero sea la posibilidad de contemplar, desde la altura lograda, el vasto panorama del pasado alumbrado por una conciencia que reconoce un nuevo y más alto sentido; y algo de esa luz resplandece en las páginas que siguen. Esas páginas han sido escritas a lo largo de los años y conservan en forma escrita el resultado de momentos intensos dedicados a la lectura, la reflexión y la escritura; momentos que no se han desvanecido, como aquí se muestra.

El título señala un sentido, cuya cabal expresión la encontramos en no pocos pasajes de estos estudios. Quiero elegir uno de entre todos. Se encuentra en una meditación suscitada por el Doncel de Sigüenza: “Para quienes amamos los libros y creemos en la literatura como vida...”. Porque lo que define y singulariza el contenido de este libro –y, por ello, la obra total aquí representada– es esa idea

central: *la literatura como vida*, la presencia de la vida impregnando las consideraciones, los análisis, y hasta los procedimientos académicos.

Los trabajos seleccionados, que han ido brotando a lo largo de los años, vieron la luz en revistas, actas, volúmenes colectivos, homenajes... Son estudios que pertenecen a la actividad propia del universitario, el resultado de sus investigaciones y de sus intereses intelectuales, en los que siempre está presente un afán didáctico por participar y difundir las conclusiones a las que va llegando, el valor estético de un texto a la luz de su juicio crítico, la perspectiva nueva con la que contempla a un escritor... Vistos en su conjunto, presentan una variedad de asuntos que van resolviéndose en unidades temáticas; entendidos en su diacronía, son momentos vividos con intensidad; porque cada artículo supone un período más o menos dilatado de laboreo en torno de un asunto. Confieso que es esta mi actividad preferida. Pocos trabajos son tan placenteros y estimulantes como el que se va realizando desde el momento en que se concibe una idea, fijamos en ella nuestra atención, va desarrollándose con los días y las lecturas, va enriqueciéndose con el acopio de los materiales pertinentes y adquiriendo consistencia, hasta que la trasladamos al papel en quince, veinte, treinta folios, según lo requiera el asunto. El profesor Francisco Rico, en el prólogo a su libro *Estudios de literatura y otras cosas*, ha definido con precisión la entidad de este "género erudito" cuando escribe que "el módulo, molde o modelo fundamental en las humanidades es la variedad que consiste en rigor en una monografía breve y que en el gremio llamamos 'artículo'". Parece un género modesto, de restringida circulación, conocido por una minoría, pero en él se han producido verdaderas joyas literarias que contienen sabiduría, no exenta de emoción y también de belleza.

Literatura, pues, como vida; porque la lectura es una intensa actividad vital (no puede ser otra cosa), y las reflexiones que suscita, el acopio de materiales necesarios y la escritura llenan nuestras horas. En los trabajos, vistos en su conjunto, hay toda una autobiografía diseñada con sus predilecciones, con textos y con autores escogidos en virtud de su particular interés, materializados en un lenguaje expresivo, propio, que siempre revela, de algún modo, el yo más íntimo.

La primera cualidad que advertimos en los textos que figuran a continuación, apenas leídas las primeras frases, es la de la serenidad. José Montero Padilla se demora en la escritura porque aquello de que está tratando requiere una detenida consideración, requiere "tomarse el tiempo" necesario; y esa demora no es sino amor por su tarea y respeto por el asunto tratado. En tiempos de vida apresurada, en la que se tiende a terminar pronto con todo, a apuntar ideas a manera de ráfagas con el consiguiente caos y confusión, esta prosa serena y minuciosa es un modelo ético y un ejemplo estético. Invita al sosiego reflexivo, a la lectura atenta, al respeto por los textos y por sus autores, y también a prestar atención a las ideas y a las resonancias vitales que en nosotros suscita la literatura. Quienes conocemos a José Montero, percibimos su voz y su presencia en la lectura de sus escritos: es su estilo, su humanidad; un estilo no impostado ni artificioso, sino logrado con la plena

conciencia de sí mismo, como una natural emanación de su carácter.

Consecuencia de esa primera cualidad es la de la penetración, esto es: la necesidad de detenerse para profundizar en el asunto, en el texto estudiado y hasta en la anécdota, tan reveladora de la vida. Nunca resbala sobre superficies ni banaliza las anécdotas. Sabe conducirnos para mostrar lo esencial: percibir lo que late en el escritor evocado, en el texto escogido, en el lugar presentado; sabe situarnos siempre ante la hondura de la vida que la literatura manifiesta para quien sabe leer.

Otra notable cualidad radica en la riqueza de relaciones, en las resonancias, en las citas que al hilo de un fragmento, de un tema, van sucediéndose en el texto. Se trata de una erudición oportuna y nunca gratuita, medida y pertinente. Porque las obras literarias no son textos aislados, sino solidarios. La literatura es un sistema de textos interrelacionados y tratar sobre literatura exige, casi siempre, aludir al sistema en el que el texto vive. Los temas se reelaboran; los motivos reviven en nuevos contextos, con nuevas formas, y es señal de saber literario poner de manifiesto las alusiones, las resonancias y relaciones que evoca la obra estudiada. Todo ello hace que nos encontremos ante un conjunto de páginas tupidas, adensadas por el recuerdo de otras obras.

Ante estas páginas que prologamos, tan ricas en alusiones y citas, nos sorprende la ausencia de andamiaje. Un investigador, un crítico, un escritor "académico", necesita recurrir a la bibliografía, a sus fichas, a los textos allegados para ir componiendo sus párrafos. Aquí fluye todo de manera natural, como si al escribir José Montero Padilla fuera leyendo dentro de sí, en un texto interior, para trasladarlo al papel; pero para trasladarlo vivo, conservando vigor y lozanía, no para fijarlo al modo de sucesión de mariposas inertes traspasadas por las agujas. Cuanto expone va brotando, como si manara en una fluencia que, por un portento, conserva su corriente al fijarse en la escritura.

Todo ello redundando en una de las virtudes que apreciamos en este escritor: su capacidad para suscitar la vida a la que se alude en el texto. Encontramos aquí lugares, personas, épocas, ambientes: recrea la Soria a la que llegó en 1920 Gerardo Diego, el ambiente esencial de Villafranca del Bierzo, el teatro Eslava, animado en la sucesión de sus días, o la Puerta de Sol en su historia y su intrahistoria... Asistimos al encuentro de su padre y de su abuelo con don Benito Pérez Galdós, o vemos a don Antonio Machado, con su peculiar manera de andar, subiendo la cuesta que le lleva a su instituto segoviano. Ambientes, lugares y semblanzas abundan en estas páginas. Semblanzas trazadas con los suficientes rasgos como para permitir su representación mental: la de los autores citados, cuyo físico es bien conocido por nosotros, pero también las de otros escritores menos conocidos, o desconocidos para la mayoría de los posibles lectores, como Jaime Delgado o Rafael Matesanz, cuya humanidad se hace presente, alienta y cobra una dimensión física ante nosotros.

Es, por supuesto, el lenguaje el que obra este prodigio. Un lenguaje exacto, directo y ajustado como su cuerpo físico a las figuras aludidas, o a los paisajes,

tanto urbanos como rurales, y hasta a un pensamiento que queda redimido de su inmaterialidad por la materia viva de la prosa. La sintaxis se pliega al pensamiento como materia dúctil y va formando en estas páginas a modo de remansos líricos, de apuntes narrativos, de vívidos esbozos dramáticos. El lector podrá apreciar en las páginas que siguen pasajes similares al de la descripción y ambientación de Villafranca del Bierzo, a las múltiples perspectivas desde la que es contemplada Segovia, a la escena, recreada a partir del relato paterno, de la visita a Galdós, de la alusión, breve pero intensa, de su trato personal con Rafael de Matesanz...

Los trabajos seleccionados han sido agrupados en tres secciones: "Historia y crítica literaria", "De geografía literaria" y "La enseñanza de la literatura"; todo esto apunta al tema central que hemos propuesto: *la literatura como vida*. La lectura y la reflexión, como actividades vitales intensas, se relacionan con los lugares concretos, conocidos, recorridos, habitados y amados por el profesor Montero Padilla, y tienen el sentido didáctico propio de su condición de docente. Ante estos textos, adecuados al género ensayístico, pensamos en aquella feliz frase de *Andrenio* en la que afirma que este género "le pone alas a la didáctica"; alas que permiten elevarse para conducirnos a una contemplación superior.

Desde esa elevación divisamos un panorama armonioso y complejo donde se ha integrado la diversidad y se ha prestado idéntica atención a sus diferentes niveles. La literatura, tal y como aparece en las páginas que siguen, no se entiende como selección de autores y textos eminentes, sino como un universo de cumbres y valles, de frondas y huertos, de regiones soleadas y rincones umbríos. La literatura como vida diversa en la que alternan eminentes con modestos, reconocidos con desconocidos, recordados con olvidados... Aquí están Bécquer y Juan Ramón junto con Rodao o Matesanz; Galdós y Valle-Inclán comparten el interés del autor con Fernández Berzal o Tomás Luceño... Puede haber —en la obra total de Montero Padilla— una presencia destacada de dos maestros: Antonio Machado y Azorín: lo que dice mucho de su sensibilidad, de su interiorización del mundo, y de su preocupación por la escritura... Pero también se preocupa por preservar del olvido a Emilio Carrere, del que ha confeccionado una imprescindible *Antología* (1999) en la que nos lo muestra de cuerpo entero y nos entrega lo mejor que ha salido de la pluma de este peculiar bohemio de Madrid.

La literatura como vida se funde con los lugares vividos. Espacios que han cobrado un especial encanto por haber aparecido en unas páginas memorables. ¿Qué sería de La Mancha si no se hubiera escrito el *Quijote*? ¿Qué imagen tendríamos de esa región? Así vemos a la luz de la literatura la provincia de Guadalajara, o Villafranca del Bierzo, o, en un sentido muy especial, Soria, inseparable ya de Machado y de la nueva visión de Gerardo Diego; o Segovia, donde habitó José Montero durante veinte años; o Madrid... Así puede hablar con razón de ciudades que son verdaderos "museos literarios": lugares privilegiados por haber sido motivo para escritores. De entre las citadas, la ciudad de Segovia tuvo la suerte de contar, como catedrático y director que fue de su Instituto, con la



presencia de José Montero Padilla, lo que dio lugar a una notable cantidad de escritos: artículos, libros, recopilaciones, ediciones, conferencias...; y Madrid, su ciudad natal y de residencia en la mayor parte de su vida, conocida de manera minuciosa y amorosa en su realidad y en su historia, la grande y la menuda, si es que —en el fondo— se puede establecer esta diferenciación.

Museos literarios, lugares físicos que podemos recorrer conmovidos por las páginas que les han dado un nuevo sentido, que producen una especial emoción y que suscitan en nosotros resonancias complejas de las que no podemos prescindir. José Montero Padilla parece haber sido sensible a esa queja que don Miguel de Unamuno lanzara en una página de su libro *Paisajes* (1902): “Si en España hubiese entrañable cariño al tradicional consuelo de nuestra poesía, serían los lugares que inspiraron a nuestros poetas y los que éstos de cualquier modo consagraran, términos de visita, como lo son en otros países los lugares allí poetizados”. Lugares que se levantan como protagonistas en no pocas páginas de la obra total de José Montero, de la que hay suficientes muestras en esta selección.

Volvamos al *adiós* de la portada. José Montero Padilla ha querido situar esta frase de despedida al frente de un libro que recoge una pequeña parte, seleccionada, de sus trabajos y sus días. Este “irse despidiendo” es la actitud de alguien que ha vivido inmerso en un ambiente literario a lo largo de su vida, desde que fue adquiriendo conciencia; pero es también una fuerza vital que le precedió y que le continúa. Pertenece a un linaje de literatos: escritores, periodistas, profesores... Su abuelo, José Montero Iglesias, fue periodista y escritor; vivió la vida literaria de finales del XIX y de las dos primeras décadas del XX. Su padre, José Montero Alonso (que fue nombrado hijo adoptivo de Madrid en 1993), ha sido decano de los periodistas madrileños (estaba en posesión del carnet número uno de la Asociación de la Prensa); es autor de cientos, de miles de artículos y de una notable cantidad de libros; recibió numerosos premios de relevancia (entre ellos, dos veces el Nacional de Literatura), y ejerció la docencia de Lengua y Literatura. Su hijo, José Montero Reguera, Catedrático de la Universidad de Vigo, es uno de los más destacados especialistas en la literatura de nuestros Siglos de Oro y uno de los primeros cervantistas. Una saga, pues, que mantiene con vigor el estudio de la literatura.

Lo que mantienen es una actividad que nos es imprescindible, y tal vez más en estos tiempos de apresuramiento, de memoria corta, en los que todo se consume y se agota rápidamente, en los que vamos pasando de un asunto a otro, y se van disolviendo sin dejarnos más que un vacío estéril. En este tiempo es más necesaria la filología: leer bien; esto es: detenidamente. Tomarse el tiempo necesario para madurar nuestras ideas en dilatadas meditaciones y para consultar las obras de quienes se han ocupado del asunto..., y finalmente escribir buscando la precisión y la claridad. Porque, como repetimos, la lectura, la reflexión y la escritura son actividades vitales que nos conducen, por el camino más adecuado, a lo que el profesor Montero Padilla reitera en sus escritos: “al encuentro con nosotros mismos”.

La literatura permanece y nosotros nos vamos. Los libros nos esperaban y nos despiden, después de acompañarnos a lo largo de nuestra vida. Ahí quedan los grandes clásicos –y los modernos– intactos en su belleza y su verdad para las nuevas generaciones, pero vistos desde las ideas que nosotros –y quienes nos han precedido– hemos ido aportando. Algunas se mantendrán; otras serán desechadas o se olvidarán. Pero en medio de la vertiginosa corriente de la vida, que todo lo arrastra, o del tiempo, que todo lo desgasta, las grandes obras se mantienen para quienes saben acercarse a ellas. Son un consuelo en medio de la precariedad y caducidad de casi todo lo que nos rodea.

En la literatura encontramos el terreno firme que podemos habitar para mejor conocer nuestro mundo y nuestro yo más verdadero. Azorín (en quien tanto hemos aprendido, el autor de este libro como el de este prólogo), expresaba con su característica precisión esta idea. Sobre los libros, escribía “fabricamos nuestros amores, nuestros odios, nuestras fantasías, nuestras esperanzas”. La literatura nos da la imagen del mundo más consistente y más fecunda, la imagen de las experiencias fundamentales de la vida: “Imágenes de amor, del heroísmo, de la amistad, de la dicha, de la esperanza, imágenes a que nos aferramos con toda nuestra alma. Tal es el consuelo y la razón de vivir de los mortales”. Esto es lo que encontramos en las páginas siguientes: el sentido de una vida, la razón de un vivir que desde el aula y desde el papel impreso nos ayuda a vivir a los demás.